

“La Caja Mágica”

Frutilandia era una pequeña ciudad conocida por todos como “La ciudad feliz”. Ahí los niños corrían felices por los parques, jugaban entre los árboles frutales y vivían sin mayores preocupaciones. Cuando tenían hambre sacaban alguna fruta o verdura que crecía en medio de la naturaleza, y si tenían sed, tomaban agua de las cascadas que corrían desde la cordillera. El clima siempre era de amistad y compañerismo, no conocían el egoísmo ni la maldad.

Tomás era un niño de 8 años, vivía con sus padres y le encantaba jugar a los exploradores con sus amigos. Un día, mientras estaba en el parque, un amigo lanzó la pelota tan lejos que fue a parar a un lugar donde él nunca jamás había ido. Tomás corrió con todas sus fuerzas para no perderla de vista, pero sin querer cayó al suelo, había tropezado con un objeto dorado brillante. Como él era curioso, olvidó por completo la pelota y se puso a desenterrar ese objeto que nunca antes había visto.

Entre polvo, tierra y piedras, se asomó un cofre antiguo, que por su apariencia Tomás creía que debía tener cientos de años. Se apreciaba una escritura que el niño no comprendía, pero sin importarle trató de sacar el cofre, aunque no tuvo buenos resultados, ya que era muy pesado.





Más tarde, Tomás fue en busca de su mejor amigo, Juan. Le contó sobre el tesoro que había encontrado en el bosque, y le pidió ayuda para desenterrarlo, sin que nadie más se enterara. Juan, fascinado con la nueva aventura, aceptó en acompañar a su amigo en la travesía.

Cuando los dos niños estuvieron frente al cofre, se sintieron encandilados por el resplandor dorado brillante que venía del objeto. De repente se escucha un crujido, era la apertura del cofre que había cedido. Para el asombro de los niños, en su interior había un objeto negro con forma cuadrada, parecía una caja, tenía un vidrio en su superficie y de la parte posterior salía un enchufe.

Tomás nunca en su vida había visto algo semejante. Además en el interior del cofre había una carta con la misma escritura antigua que no comprendían, y Tomás la guardó en su bolsillo.

Los niños sacaron la caja que estaba dentro del cofre y la llevaron hasta una pieza en la casa de Tomás, que sus padres la usaban de bodega. Dejaron el aparato y se dirigieron a la casa de la señora Ema. Ella era la persona más anciana de toda Frutilandia, seguro iba a entender lo que estaba escrito en la carta que encontraron.

La señora Ema era una viejita con el pelo blanco y la piel arrugada, siempre tenía una sonrisa, lo que hacía que la gente la sintiera muy cercana.

Guardaba en su despensa unos frutos secos que a los pequeños les encantaban y siempre tenía un vaso de jugo natural para acompañarlos. Tomás sacó de su bolsillo la carta y le preguntó si ella les podía decir lo que ahí estaba escrito. La anciana, al leer su contenido quedó impactada, su piel se puso más blanca que nunca, como si hubiese visto un





fantasma. Les dijo a los niños que por favor se deshicieran del objeto que habían encontrado, ya que en el pasado había causado mucho mal a los niños y que por eso ya no existía, se llamaba televisión y cautivaba tanto a las personas que dejaban de jugar y ver a los amigos por estar mirándola, las horas frente a ella pasaban tan rápido que uno no se daba cuenta. Los niños asintieron para dejar tranquila a la viejita, le dieron las gracias y partieron apresuradamente a la casa de Tomás.

La intriga de los pequeños era tan grande que decidieron enchufar el televisor para ver de qué se trataba este objeto. Apenas Juan la encendió, miles de colores brillantes aparecieron del interior de la caja, con imágenes atractivas de dibujos que conversaban entre ellos. Era como leer un cuento, pero sin imaginarlo, porque estaba ahí. No lo podían creer, estaban totalmente atraídos por esa “caja mágica” de historias vivientes y colores absorbentes.

Pasaron los días y los niños seguían embobados con la televisión, apenas salían de la escuela iban directo a ver qué estaban dando, llevaban un picnic y se instalaban ahí hasta que oscurecía. Y así fue pasando el año, hasta que un día la mamá de Tomás noto que su hijo ya no era el mismo de antes, ya no veía a sus amigos, le iba mal en la escuela, estaba un poco más gordito y se cansaba muy rápido cada vez que hacía ejercicio. Había perdido el interés por ir a jugar al parque como los demás niños y pasaba encerrado en la pieza que tenían de bodega. Su madre conversó con los papás de Juan, quienes habían notado lo mismo en su hijo y decidieron investigar en qué pasos andaban sus niños.

Los padres de los pequeños decidieron entrar a la habitación donde se encontraba la televisión, y al ver este extraño objeto, decidieron prenderla. Por desgracia, corrieron la misma suerte que sus hijos, quedaron hipnotizados con las imágenes e historias que se podían ver ahí dentro.



Y así se empezó a correr el rumor de que en la casa de Tomás había una “caja mágica” que te atraía, hasta no querer hacer nada más estar frente a ella. El pueblo hacía filas para poder tener un espacio para mirarla, por lo que finalmente decidieron instalarla en el centro de Frutilandia para que todos pudieran disfrutar de ella.

La gente dejó de hacer deporte, los niños ya no jugaban en los parques, ya no reían, ni compartían entre ellos. Apareció el egoísmo y la falta de compañerismo. Los pequeños bajaron las calificaciones en la escuela y ya no había rastro de la que algún día fue “La ciudad feliz”.

La señora Ema miraba horrorizada como su ciudad se iba convirtiendo en “La ciudad triste” y empezó a recordar que cuando pequeña su bisabuela le había contado que en el pasado sucedió algo similar y la única opción fue hacer desaparecer estos aparatos, y así la gente volvió a tomarle valor a la naturaleza y a las relaciones con las demás personas. La ancianita con las pocas fuerzas que le quedaban invitó a Juan y Tomás a su casa, necesitaba ayuda para poder llevar a cabo su plan. La señora Ema les hizo abrir los ojos, mostrándoles todas las cosas malas que esta “caja mágica” había traído a la ciudad. Los niños se sentían avergonzados, así que accedieron a ayudar en hacer desaparecer la televisión de Frutilandia.





Idearon un plan para llevar a cabo la desaparición. A media noche cortaron la electricidad de toda la ciudad, la atención de todos se desvió para ese desperfecto y descuidaron la “caja mágica”. En ese minuto los niños la robaron y llevaron la caja a donde la habían encontrado. Tomás puso dentro del cofre la carta, por si alguien algún día la volvía a encontrar, no hiciera lo mismo que ellos habían hecho.

Las personas al darse cuenta que había desaparecido la “caja mágica” se volvieron locas, y desesperadas la buscaban por todos lados. Pero con el paso del tiempo su recuerdo se fue borrando. Los niños volvieron a jugar en los parques, tenían amigos y reían. Poco a poco Frutilandia volvió a ser “La ciudad feliz” y Juan y Tomás hicieron una promesa de nunca hablar con nadie de ese cofre que se encontraba oculto en el bosque, y así vivieron felices como siempre antes habían estado.

Fin